

BAEZA EN LA DISTANCIA

Machado va a dar con sus huesos en ese «poblachón» —así lo llamaba Unamuno— vigilado por un ejército de olivos en donde puede recordarse a Jorge Manrique y al «tuno de Bergson». Machado sigue paseando al borde de las carreteras. De vez en cuando le salen al paso sus alumnos, a los que conoce por sus nombres:

—Salido, Láinez, Quijano...

Machado nunca suspende. Sus «junios» son alegres aunque calurosos, y su sonrisa triunfa sobre la gravedad del estrado.

EL IMPACTO DE SORIA

La Real Academia Española, como es sabido, acepta el vocablo «impacto» como «choque de un proyectil en el blanco». Y en segunda acepción, «huella o señal que en él deja». Esto es todo cuanto se puede decir de esta palabreja, que se ha trasegado con tan rara fortuna. El eufemismo terminará incorporando al diccionario una nueva intención semántica. Estoy seguro de que don Antonio no la hubiera aceptado, pero lo cierto es que Soria *impactó* sucesivamente a Gustavo Adolfo Bécquer, a Antonio Machado cuando fue destinado allí como profesor de Francés y a Gerardo Diego. Allí estaban y allí siguen los *álamos de la ribera*, los *chopos del camino alto* con sus hojas parpadeantes. Bécquer ante Soria se muestra más narrador que poeta, pero la siente hasta tal punto, que el claustro de San Juan de Duero no le dejaría dormir mientras en su mente se iba fraguando la realización de su obra «Los templos de España». Es curioso que en nuestro poeta Gerardo Diego coincidan cuatro definitivas fatalidades con el autor de *Campos de Castilla*: ejercicio docente, vocación poética, amor a la ciudad y designio académico. Soria es como una vocación soterrada de belleza que espera en cualquier momento la llegada del poeta. Antonio Machado encontró en Soria su gran amor que influyó poderosamente en su obra. Se diría que Soria es una ciudad predestinada. Su quietud oferente, la majestad caminante del padre Duero, sus piedras doradas y cargadas de historia, la nobleza de sus doce linajes, ese rumor de cangilón goteante que encadena y rima venturosamente Soria con noria, vuelta a vivir con vuelta a empezar en un delirio interminable, en una sucesión que sólo el tiempo es capaz de coordinar a ritmo de rueda; esa ciudad necesitaba la voz de un poeta. Seguramente empieza a estar demostrado, y no tan tarde, sino a partir de esa vigorosa genera-

ción del noventa y ocho, que Castilla es esa madre plural e insobornable de mano ruda y continente provento a la que se venera en medio de una adoración que tiene sus puntos principales de apoyo en su insigne capacidad ascética y en la amplitud de sus horizontes. Algo hay que nos complica de un modo directo con Dios, con la naturaleza, cuando ésta es pródiga en luz y no nos distancia de la realidad sino que nos hace cómplices de ella de una manera irrevocable. Esa es la Castilla que esperaba recibir a un poeta único, inconfundible, que iba a corretearla incansablemente irradiando los puntos cardinales, desde una encendida rosa de los vientos, con la contera plateada de su bastón. Su bastón y su dedo índice han sido un palpo casi lascivo que zurcía, al tacto de su yema, ese torzal maravilloso de luz donde un cabo es el oriente y el otro el punto occíduo del sol. Antonio Machado era ese gran poeta que Soria necesitaba para ponerle nombre a sus anónimos rumores, para sacar de quicio el agua que besaba asiduamente las raíces de esos álamos que ahora están custodiando en vigilante centinela el parador de su nombre. Ahí están los caminos de Antonio Machado hacia San Satorio con cuatro cuadrilongas piedras dormidas en un recodo, según se va a la ermita, que no se sabe si son cuatro estaciones o cuatro huellas fosilizadas de la más perfecta y sentida de las pasiones líricas que un hombre sencillo haya podido experimentar. Ahora Soria es en su conjunto la cristalización de las anhelaciones del poeta, de la misma manera que fue escenario temporal de los otros dos grandes vates: Gustavo Adolfo Bécquer, tan recordado, tan «vivido», y mi querido amigo y maestro Gerardo Diego. De cada uno de ellos he sido biógrafo, incondicional a la admiración y a la verdad, y sobre las piedras y bajo su cielo me ha cabido la suerte de poder reconstituir la tragedia de Noviercas que destruyó la vida del poeta de las «Rimas», los irreversibles caminos de Antonio, que se iban haciendo al andar en un tránsito sin posible retorno y ese paisaje de Castilla abierta que se rompía en añicos en el agua de la matinal palangana ante la pupila estupefacta de un poeta creacionista llamado Gerardo Diego.

Dos cosas hay por las que yo he sentido una devoción incomparable. Dos objetos íntimos de mi viejo profesor de francés que yo hubiera querido conservar como prueba delatora de la más viva de mis emociones de niño: el bastón y los viejos zapatones de don Antonio. El bastón parece enervar de un modo genérico una idea de autoridad, de madurez, de personalidad. El bastón es en cierto modo una versión del cetro y de la garrocha. Ley y dominio. Timón y aguja de marear. El bastón de don Antonio fue un arma pacífica

de seducción y un íntimo apoyo que él necesitaba, hito por hito, para seguir abriendo caminos a su curiosidad y a su fantasía. Aquella contera se había arrastrado por las polvorientas sendas que antes habían sobrevolado los pájaros y festoneado en la noche las luciérnagas. Sus viejos zapatones gastados por el tacón, desportillados por el contrafuerte, habían estado en todas partes, tranquilos y sin prisas pero andariegos y desjarretados de tanto anhelar en curiosa complicidad con un tiempo que nunca se acababa, porque para un filósofo socrático y tranquilo el tiempo casi es lo de menos precisamente por eso de ser lo de más. Esos zapatos se acurrucaban bajo los veladores de mármol del café al paio de su armazón de hierro, para evitar los pisotones de los más inquietos, chirles o no chirles, que eran capaces de llevar la contra al mismísimo San Saturio, en el Casino o en la rebotica. Don Antonio sabía escuchar muy bien, casi tanto como sabía contemplar y devorar luces y horizontes. Qué ojos los suyos para quedarse, en una mirada, con toda el alma de Castilla, desnuda, inerme, derramada a lo ancho de sus campos casi sin pudor y casi sin rubor. Los álamos, esos álamos erguidos, que eran escolta cotidiana de las nobles «correrías» de un poeta no resignado sino sometido al imperio de sus leyes ascéticas.

En 1919 recalca en Segovia. El Alcázar semeja una nave fantástica que termina varando en la costumbre. San Quirce acaba siendo la universidad popular asentada sobre contrafuertes románicos. Tomando el vagón de tercera ya es fácil escapar a Madrid. En Madrid, donde Valle-Inclán pierde un brazo, por no darlo a torcer.

AÑOS TREINTA

Traigo aquí a colación la forma en que conocí a don Antonio Machado. En 1932 Machado ejerce su cátedra de Francés en el Instituto de Segunda Enseñanza «Calderón de la Barca». Reproduzco unos párrafos alusivos a mi encuentro con él dos años más tarde:

«En 1934 yo tenía once años y una gran confianza en mi fonética francesa. Por eso, cuando don Antonio Machado me hizo abrir el *Pérrler*, segundo Curso, y me oyó enunciar los verbos irregulares, me dijo:

—Tiene usted buen acento para ser andaluz.

El tenía un buen acento andaluz para ser catedrático de francés. Pese a mi personal insignificancia me llamaba de usted, haciendo uso de un hábito profesoral que no resultaba para mí muy alentador. El elogio no era excesivo, pero yo correspondí con un *merci bien*,

mientras reparaba en los estragos que había hecho en su traje la ceniza del cigarrillo, contribuyendo a la exacerbación de su «torpe alíño indumentario». Don Antonio estaba rígido, inmóvil, con sus manos entrelazadas y su gesto blando y bonancible. El texto de mi traducción se titulaba «La terre». Qué bien le salía esa «è» abierta a aquel docto Mairena que decía que Bergson era un tuno y que acababa de preguntarme si yo le tocaba algo al obispo Gerónimo Manrique de Lara, mejor conocido que por obispo, por su mecenazgo en favor de Lope de Vega. Yo leí el texto francés con una entonación pastosa heredada del padre Bruno, hombre muy devoto de San Pompilio María de Pirrotti, y estaba un poco obsesionado por aquel cuello alto y anacrónico que servía como útil valladar a sus ya mórbidos alifafes, y por aquella corbata negra tan resignada a un ambiente de flotadoras pavesas, con su ancho nudo sesgado hacia la izquierda como si fuera un corazón, como el suyo tan liberal, cuyo cayado aórtico iba ahorcando en silencio su maquinal tristeza.

—*La terre est si grande que l'irregularité du terrain ne l'empêche pas d'être ronde.*

Y don Antonio apostillaba en los puntos y aparte:

— *Très bien, très bien, mon ami.*

Y una Sevilla zumbona, remota y resonante, aunque ligeramente afrancesada por las circunstancias, engastaba la voz de un profesor sin reto ni postura doctoral, que cualquier cosa podría parecerme que no fuese un hombre de irrevocables decisiones.»

DEFINICIÓN URGENTE DE SU MENTALIDAD

Esa frente ancha y despejada que yo contemplé en mi infancia como tratando de adivinar cuáles eran los verdaderos resortes que servían para mejor pronunciar la lengua de Molière, estaba ocupada por dentro por los dictados del pensamiento de Bergson y por lo que podía inferirse de cuanto apócrifamente hablaba Mairena, y por ese terciar, más o menos solapadamente, en la rebotica. Machado nadaba y guardaba la ropa, como hacen los clásicos, tomando de la vida cuanto conviene y echándolo en los viejos odres que todo lo enriquecen. Para eso estaba su bastón, para no dar palos de ciego. Y esa cautela tal vez le definía en su manera de ser porque Machado era como un ciego que buscaba a Dios por todas las esquinas pero al que siempre le daban esquinazo. De que Machado es un clásico por su afición al ágora, por su manera de comportarse, de conversar y de pensar, por su asepsia intelectual y por sus pudí-

bundeces lingüísticas, tenemos la prueba en sus magníficas prosas ahora felizmente resurrectas por Aurora de Albornoz. Clásico a su manera, con su modo de decir, con sus manías semánticas como el «bueno de don Miguel» a quien tanto admiraba. Quizá sea conveniente algún día tratar de esclarecer si esa afición filológica era la que sostenía los principales puntos de referencia de su identificación y de su amistad. Quizá había otra razón mucho más honda, que era lo perseverantes que fueron uno y otro en la búsqueda de Dios. Machado era lo contrario de esos emperejilados cínicos intelectuales que tratan de persuadir con sus alharacas y la pirotecnia verbal de sus especulaciones. Le gustaba hablar muy claro y, en su fidelidad a la tradición clásica, yo le tengo por un renovador dentro de las mismas estructuras; por un neoclásico con toda la galanura que comporta el llevar al lenguaje y al pensamiento una nueva savia de reposada y reflexiva actitud filosófica. Le horrorizaban los pedantes, *los pedantones al paño* como él les llamaba, le horrorizaban también en cierto modo las innovaciones no sujetas a disciplina. Pero era absolutamente individual y personal en su modo de producirse. Todavía no se han estudiado los neologismos de Machado, algunos de ellos de invención gratuita y caprichosa. Todavía no se ha estudiado tampoco el sesgo liberal de su criterio limpio, institucionista, honesto hasta la saciedad y con un sentido de estricta y rigurosa justicia. Machado, mucho menos sofista que Unamuno, y por lo tanto mucho más razonador y más convincente con la perspectiva del tiempo, se queda en nosotros más allá de la propia naturaleza del mito. Pocas razones habrá más justas que las que hayan servido para mitificar la memoria de Machado. Hoy por hoy no solamente es el poeta que representa una época determinada, sino que ampara como bandera estética el pensamiento de una juventud inquieta que quiere, admira y respeta su memoria. Los mitos conquistan la supervivencia cuando el tiempo, la insidia, la cobardía, no han sido capaces de destruirlos. Si perduran, es que tienen razón de ser, si subsisten es que se incorporan a nuestra tradición y a nuestra cultura por la puerta grande.

La diferencia que puede existir entre símbolo y mito para que nosotros tratemos aquí de elucidar ambos conceptos, queda perfectamente clara en estos dos ejemplos. Machado es un símbolo más que un mito, porque el mito parece admitir una cierta peyoración. Ahora se estila mucho, desde un punto de vista intelectual, la revisión de valores y uno de los verbos que están más en boga es precisamente el de desmitificar. Pero no es éste el caso de Machado porque los símbolos son inamovibles.

Parece que cuando un poeta se decide a ensalzar la memoria de otro poeta, en cálido y ferviente homenaje de admiración, es porque existen unas firmes razones que así lo aconsejan, razones cuyas raíces no pueden detectarse. Si yo me viese en la necesidad de escoger un poeta que tuviese que servirme como punto de total identificación estableciendo un puente entre la tradición clásica y las nuevas corrientes de la fecunda generación del 27, tendría forzosamente que escoger a Antonio Machado, pero por si esto fuera poco, las circunstancias humanas que en él concurren me obligan a participar en el ejemplo de su vida y de su muerte de una manera activa y premeditada. Solamente por su grandeza de ánimo, por su hombría y por su categoría humana, Antonio Machado mereció la inmortalidad.

Los últimos instantes del poeta nos convencen del hecho heroico de su predestinación. Recordemos los días en que su hermano Manuel, tan marchoso, y la discreta Eulalia Cáceres, su mujer, han salido para Barcelona. Antonio se encamina a Valencia. Primero, Rocafort, Villa Amparo y siempre Ana Ruiz, su madre, en el último tramo hacia la muerte. El frío, la lluvia, un vagón solitario en vía muerta y, por fin, la frontera, asido ya al ropaje hediondo de la muerte como último recurso hasta quedar en su dominio «casi desnudo como los hijos de la mar». En el hotel Buñol-Quintana, una sábana amordaza el cansancio de un hombre sin orillas y dos días después muere Ana Ruiz. Era imposible sobrevivir al poeta. Con su desaliño, con su falta de prisa, con su mirada entre socarrona y amistosa, con su deseo de enraizarse y de sentir a España hasta en la médula de los huesos y completamente opuesto a aceptar en silencio toda traición y toda decepción, Antonio Machado, el gran poeta de España, muere sin saber apenas si esa muerte acontece en el pasmo de su propia imaginación.

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Carretas, 14
MADRID-12

TEXTOS CONSULTADOS

- GOMEZ BURON, Joaquín: *Exilio y muerte de Antonio Machado*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1975.
LUIS, Leopoldo de: *Antonio Machado, ejemplo y lección*, S. G. E. L., Colección «Clásicos y Modernos», Madrid, 1975.

- VALVERDE, José María: «Antonio Machado». Siglo veintiuno de España, editores, S. A., Madrid, 1975.
- ROIG, Rosendo: «Antonio Machado. El español integral en cuatro tiempos», *Razón y Fe*, núm. 927, Madrid, 1975, pp. 333-344.
- GABRIEL Y GALAN, José Antonio: «La segunda vida de Antonio Machado», *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- RODRIGUEZ PUERTOLAS, Julio: «Machado: bondad y drama de España». *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: «Antonio Machado, hombre de su tiempo». *Europeo*, Madrid, 1 de marzo de 1975.
- ASIS, María Dolores de: «Las voces de Antonio Machado, Ya, Madrid, 9 de marzo de 1975.
- ALFAYA, Javier: «Machado vivo y muerto», *Europeo*, 14 de junio de 1975.
- ALBORNOZ, Aurora de: «Antonio Machado: Homenaje», *Triunfo*, núm. 652, Madrid, 29 de marzo de 1975.
- REJANO, Juan: «Antonio Machado: última imagen», *Triunfo*, núm. 654, Madrid, 12 de abril de 1975.